

ZABALA, Santiago (2017)

*Why only art can save us: Aesthetics and the absence of emergency*

Nueva York: Columbia University Press, 216 p.

ISBN 978-0231183499

En su reciente libro, *Por qué solo el arte puede salvarnos*, Santiago Zabala hace una importante contribución al discurso del arte socialmente comprometido. La estética de la emergencia propuesta por Zabala representa un intento original de unir fenomenología y teoría crítica, así como de ofrecer una perspectiva bien cavilada sobre los desafíos de las democracias contemporáneas y el papel y el potencial del arte para abordarlas. Es importante por ello destacar que el libro es más que una contribución valiosa al discurso del arte. Ofrece tanto teoría estética como ética, brindando una visión crítica de la forma actual de enmarcar el mundo y la vida humana.

El título del libro es una paráfrasis de la famosa afirmación de Heidegger «solo un Dios puede salvarnos», en el que se vislumbra un camino más allá del mundo dominado por la tecnología, donde todo es calculable, la naturaleza es tratada como una reserva permanente y el objetivo mayoritario es explotar y controlar el planeta. Como argumenta Zabala, la declaración de Heidegger no debe tomarse en un sentido literal, sino más bien como una alusión a un reino olvidado del Ser en nuestra realidad tecnológica. Con el objetivo de dominar y categorizar el mundo, reemplazamos el Ser (existencia) por seres cuantificables (objetos), lo que provoca vacío y devastación. De ahí que un retorno al Ser sea un retorno a una percepción no reduccionista del mundo y de la existencia humana, un salto más allá de la racionalidad instrumental. El arte puede ayudar en este proceso despertando el sentido de emergencia, entendida esta como conciencia de que nuestra forma dominante de enmarcar el entorno no es la única opción.

El libro se encuentra dividido en tres capítulos. El primero sitúa el problema del arte en un contexto más amplio donde se muestra cómo la estética contemporánea contribuye a la ocultación del Ser, enmarcándolo dentro de los parámetros de la cosmovisión dominante. Aquí el autor intenta confrontar y superar el marco metafísico de la estética moderna y demostrar que el problema del arte se extiende mucho más allá de este dominio. Siguiendo a Heidegger, Zabala ve la pérdida del sentido de emergencia como la principal dificultad de nuestro tiempo. Dentro de este sistema se nos ofrecen soluciones fácilmente aplicables que preservan el *statu quo*, pero, por el contrario, existe poco espacio para cuestionar las formas establecidas de abordar las crisis y el papel a jugar en ellas. Además, la impresión dominante es que para los ciudadanos de los países desarrollados la realidad es estable y fija. Creemos que todo está funcionando correctamente y que el orden actual dará lugar a la solución de nuestros problemas y proporcionará las condiciones necesarias para una vida concreta.

El principal problema consiste, dentro de este marco, no solo en su carácter objetivador, sino también en cómo reduce al mundo a una «imagen» predecible, que se justifica constantemente desde el punto de vista político, ético e igualmente estético. Todo lo que no encaja en esta imagen es ignorado y marginado. La emergencia, por otro lado, sugiere apertura, indecisión y una variedad de opciones. Es una interrupción de la realidad a la que estamos acostumbrados. Tenemos que suspender nuestras formas ordinarias de percibir el entorno. Hacer uso, en términos heideggerianos, de «la lucidez a

través de la cual vemos constantemente», para poder experimentarlo.

La ausencia de emergencia es un reflejo de la condición metafísica de nuestra época. Las crisis sociales y políticas a las cuales nos enfrentamos son, según Zabala, derivadas de esta condición. El arte puede ayudarnos a revelar dicha ausencia de emergencia al dirigir nuestra atención a los restos del Ser: las personas y las ideas forzadas al margen de los discursos dominantes y luchando por el cambio. Como argumenta el autor, no solo necesitamos discursos políticos y éticos, sino también fuerzas estéticas para sacarnos de la tendencia a ignorar las paradojas y las injusticias generadas por los paradigmas dominantes y su racionalidad instrumental.

El arte nos habla más directamente que los discursos racionales, puesto que tiene la capacidad de dirigirse a nosotros en el nivel existencial, para transformar nuestra forma de ver el mundo y movilizarnos a la acción. En esta perspectiva, las obras de arte son mucho más que objetos de contemplación.

En el segundo capítulo se abordan específicamente los desafíos relegados de nuestro tiempo. Aquí el autor debate sobre cuatro categorías de problemas que permanecen al margen de las democracias contemporáneas: «paradojas sociales» generadas por los paradigmas dominantes; «descargas urbanas» de barrios marginales, desechos plásticos y electrónicos; «llamadas ambientales» relacionadas con el calentamiento global y la degradación de la naturaleza, y «cuentas históricas» de eventos ignorados o denegados. En esta parte del libro el autor ofrece una visión sólida de cómo las artes existenciales y las alteraciones ontológicas funcionan en contextos específicos, revelando los problemas fundamentales de nuestro tiempo y movilizándolos para la acción. Sus creadores, señala Zabala, han abandonado la belleza indiferente de la cultura para revelar la falta de emergencias en el mundo

contemporáneo y llamar la atención sobre los restos del Ser. Este tipo de arte requiere acción en nombre de los débiles y excluidos. El arte se concibe en este contexto como una práctica transformadora y crítica.

En el último capítulo del libro el autor traza una teoría del arte centrada en el atractivo ontológico del arte. El objetivo de Zabala no es criticar las teorías estéticas anteriores ni proponer una nueva, sino esbozar una postura filosófica capaz de interpretar las revelaciones existenciales del arte contemporáneo. Por ello acomete el arte en el contexto de la existencia humana y el mundo. Zabala sigue aquí la comprensión del arte anterior a la Ilustración, en la que la dimensión cognitiva era central. Esta comprensión puede remontarse al menos a los antiguos griegos, para quienes la belleza y la verdad eran dos caras de la misma moneda, y fue revivida en el siglo xx por pensadores fenomenológicos y hermenéuticos. Está en marcado contraste con el discurso estético convencional, inclinado a excluir el reclamo de la verdad por parte del arte y, en consecuencia, a descartar sus dimensiones teóricas y prácticas. Como señala Heidegger, la estética moderna presupone una concepción particular de los seres como objetos de representación enmarcados dentro de la cosmovisión dominante. Dentro de este horizonte, el arte pierde su relación con la cultura y sigue el camino de la tecnología. En este contexto, él habla de «la ausencia de arte», consistente en un estado del ser que corresponde a la falta de un sentido de emergencia.

Para superar esta condición, siguiendo a Gadamer, el autor considera que el arte no es un objeto sobre el que miramos y contemplamos, sino un evento que se apropia de nosotros y revela el mundo. Nos invita a mantener una conversación que no apunta a un intercambio no comprometido de diferentes interpretaciones, sino que nos dirige de manera directa y cambia nuestras formas

de percibir el mundo. Además, basándose en Danto, Rancière y Vattimo, Zabala afirma que la verdad del arte ya no descansa en la representación de la realidad, sino en un proyecto existencial de transformación. Hoy los artistas y sus audiencias están llamados a intervenir en nombre de la humanidad.

El capítulo final es seguido por un epílogo. Entablando un diálogo directo con la teoría crítica, tal diálogo está muy implícito en todo el libro. El epílogo también sitúa el esfuerzo de Zabala en un contexto más amplio de la teoría del arte contemporánea y socialmente comprometida.

*Jordi Riba*

Universitat Autònoma de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1216>

